

FPF: otra nefasta reelección

El último viernes fue un infeliz día para el fútbol nacional. Con una pantomima democrática, la candidatura reeleccionista de Manuel Burga se impuso a la sensatez y a todo el país que mayoritariamente (cerca de 90% en contra, según Apoyo) reclamaba la renovación de la Federación Peruana de Fútbol (FPF).

Sin embargo, los estatutos están confeccionados a la medida de una cúpula que desde el poder distribuye prebendas y recibe a cambio los incondicionales votos para entronizarse. Los delegados que votaron fueron 37, de los cuales 25 son presidentes de ligas departamentales y los otros 12 representan a los clubes de primera división.

Precisamente, la actual estructura eleccionaria es la que posibilita la continuidad por cuatro años más de Burga, que lleva en el cargo de presidente ya cinco años y quince como dirigente. La holgada ventaja que logró, 26 votos contra 11 que apoyaron a Federico Cúneo, solo refleja la grosera manipulación que hace de las federaciones departamentales. Además, los votos opositores de los principales equipos –Alianza Lima, Universitario, Sporting Cristal, Sport Boys, San Martín y Bolognesi– quedan aplastados por los desconocidos representantes de esas ligas.

Mientras este modelo estatutario siga vigente, la FPF seguirá tomada por una cuestionada cúpula, que para mayor indigna-

ción de todos los amantes del fútbol, goza del blindaje legal de la FIFA, que ejerce y le presta una suerte de extraterritorialidad e impunidad frente a las leyes nacionales.

Legalmente Burga no podía postular pues está vigente la sanción que le impuso un consejo de justicia del Instituto Peruano del Deporte (IPD). No obstante, el comité electoral, de dudosa neutralidad, obvió este ineludible impedimento.

Pero ya quisiera esta espuria directiva, tras los comicios del viernes, dar la vuelta a la página. Sin embargo, falta un nuevo capítulo en esta trepidante historia. Y es que, por imperio de la ley peruana, estos resultados son inaceptables porque Burga está impedido de ejercer el cargo.

Ahora el paso siguiente, como anunció el ministro de Educación, José Chang, sería que el Consejo Nacional del Deporte del IPD actúe con coherencia para defenestrar a Burga y hacer entrar en razón a la FIFA, explicándole que su posición no es politizada, sino que está a tono con el clamor de todo un país. Frente a ello, la FIFA no puede hacer oídos sordos.

Y, si a pesar de todo, esta intervención genera una negativa reacción de la FIFA para desafiliarnos de sus campeonatos, entre ellos las próximas eliminatorias mundiales, el único responsable de tremenda deshonra será Manuel Burga Seoane y su nefasta camarilla reeleccionista. ■■

¡Mucho cuidado con los juguetes peligrosos!

La campaña que ha venido desarrollando El Comercio para alertar sobre los pro y contra de los juguetes importados y peligrosos está creando mayor conciencia entre autoridades y consumidores para impedir que juguetes tóxicos se comercialicen libremente a pesar de los graves problemas para la salud y el ambiente.

No basta con establecer normas regulatorias, sino que debe garantizarse que dicha legislación sea aplicable en el corto plazo –más aun ante la cercanía de las fiestas navideñas– y sin afectar a los fabricantes formales de juguetes. En tal sentido, resulta cuestionable que no existan laboratorios acreditados y suficientes en el país para realizar controles de calidad de los juguetes.

Es más, Digesa se apuró en sacar un reglamento pero sin desarrollar una campaña informativa, para que todos los fabricantes, exportadores y público conocieran los requisitos para comercializar juguetes. En tanto, los controles sanitarios siguen mal.

Bien pues que Digesa intente corregir los errores en el camino, pero debe convocar a todos los involucrados y formar un comité multisectorial (Indecopi, Digesa, Ministerio de la Producción, Aduanas, Sunat y gremios competentes). Este tiene que adecuar la norma e implementar un sistema de control sanitario efectivo, tanto antes de que ingresen los productos al mercado como después, ejerciendo vigilancia sobre lo que se oferta a los niños. ■■

PIEDRA DE TOQUE

El velo no es el velo

Mario Vargas Llosa

Escritor



© MARIO VARGAS LLOSA, 2007.
© Diario "El País", SL/ Mario Vargas Llosa. Prisa.com.
Exclusivo para el diario El Comercio en el Perú

La Generalitat, o gobierno autónomo de Cataluña, ha obligado a un colegio público de Gerona a admitir a Shaima, una niña marroquí de 8 años, que desde hacía una semana faltaba a clases porque las autoridades del plantel le habían prohibido el ingreso mientras llevara el 'hiyab' o velo islámico. El director fundó la prohibición en el reglamento del colegio, que rechaza en el atuendo de los alumnos "cualquier elemento que pueda causar discriminación". Por su parte, la Generalitat considera que "el derecho a la escolarización" debe prevalecer sobre las normas internas de los centros educativos.

A diferencia de lo que ocurre en países como Francia o el Reino Unido, donde hay leyes sobre el uso del velo islámico en las escuelas públicas, en España no existe legislación al respecto y hasta ahora el permiso o la prohibición de llevarlo estaba librado al criterio de los propios centros de enseñanza. Lo ocurrido con la niña marroquí establece un precedente que, de prevalecer y extenderse, abriría las puertas de la instrucción pública al llamado multiculturalismo o comunitarismo. A mi juicio, semejante perspectiva es sumamente riesgosa para el futuro de la cultura de la libertad en España.

A primera vista, semejante afirmación parecerá a algunos exagerada o apocalíptica. ¿Qué puede tener de malo que una pobre criatura, acostumbrada por la religión y las costumbres de su familia a tocarse con el 'hiyab' lo siga haciendo en las aulas escolares? ¿No sería una crueldad obligarla a destocarse y lucir los cabellos a sabiendas de que, para sus creencias y usos comunitarios, tal cosa sería tan traumática como para las niñas cristianas exigirles mostrar el busto o las nalgas? De allí a considerar que prohibir el velo islámico a las niñas en los colegios públicos es prejuicio antimusulmán o etnocentrismo colonialista y racista hay solo un paso cortito.

Sin embargo, no es tan sencillo. El velo islámico no es un simple velo que una niña de 8 años decide libremente ponerse en la cabeza porque le gusta o le es más cómodo tener los cabellos ocultos que expuestos. Es el símbolo de una religión donde la discriminación de la mujer es todavía, por desgracia, más fuerte que en ninguna otra –en todas ellas, aun las más avanzadas, se discrimina

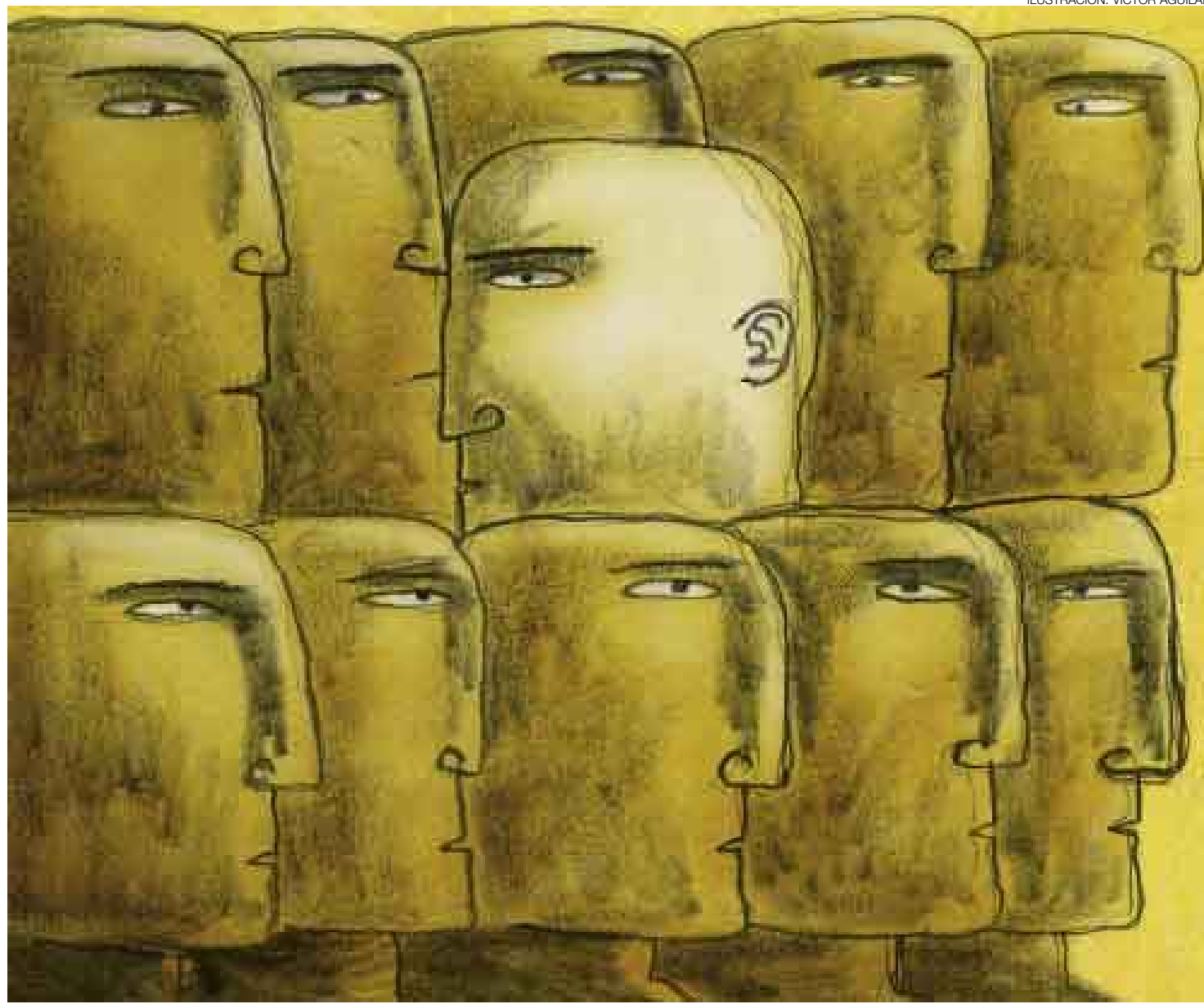


ILUSTRACIÓN: VÍCTOR AGUILAR

“ El multiculturalismo parte de un supuesto falso, que hay que rechazar sin equívocos: que todas las culturas, por el simple hecho de existir, son equivalentes y respetables. No es verdad. Hay algunas culturas más evolucionadas y modernas que otras ”

aún a las mujeres–, una tara tradicional de la humanidad de la que la cultura democrática ha conseguido librarnos en gran parte, aunque no del todo, gracias a un largo proceso de luchas políticas, ideológicas e institucionales que fueron cambiando la mentalidad, las costumbres y dictando leyes destinadas a frenarla. Una de esas grandes conquistas es el laicismo, uno de los pilares sobre los que se asienta la democracia. El Estado laico no está contra la religión. Por el contrario, garantiza el derecho de todos los ciudadanos de creer y practicar su religión sin interferencias, siempre y cuando esas prácticas no infrinjan las leyes que garantizan la libertad, la igualdad y demás derechos humanos que son la razón de ser del Estado de derecho.

Los colegios públicos de un Estado laico no pueden ser confesionales, porque si lo fueran y privilegiarían a una religión sobre otras, o sobre los no creyentes, ejercerían una discriminación inaceptable en una sociedad de veras libre. En esta la religión no

desaparece, se confina en el ámbito privado, fuera de las escuelas y las instituciones públicas. Los creyentes pueden constituir escuelas privadas de carácter confesional, desde luego, o impartir en las iglesias o en el seno de las familias todas las doctrinas y creencias en las que quieren educar a sus hijos. Pero la religión no puede invadir el dominio público sin que principios básicos de la cultura democrática, sobre todo la igualdad y la libertad de los ciudadanos, se resquebrajen y se establezcan privilegios y jerarquías abusivas.

El velo islámico en las escuelas públicas es una cabecera de playa con la que los enemigos del laicismo, de la igualdad entre el hombre y la mujer, de la libertad religiosa y de los derechos humanos, pretenden alcanzar unos espacios de verdadera extraterritorialidad legal y moral en el seno de las democracias, algo que, si estas lo admiten, podría conducirlos al suicidio. Porque con el mismo argumento con que se pretende que el 'hiyab'

sea admitido en las escuelas se puede exigir, también, como han hecho y conseguido los islamistas en algunas ciudades de Europa, que haya piscinas municipales separadas para hombres y para mujeres pues para las hembras musulmanas resulta impúdico compartirlas con los varones. Y, si se trata de respetar todas las culturas y las costumbres, ¿por qué la democracia no admitiría también los matrimonios negociados por los padres y, en última instancia, hasta la ablación del clítoris de las niñas que practican tantos millones de creyentes en el África y otros lugares del mundo?

El multiculturalismo parte de un supuesto falso, que hay que rechazar sin equívocos: que todas las culturas, por el simple hecho de existir, son equivalentes y respetables. No es verdad. Hay algunas culturas más evolucionadas y modernas que otras, y aunque es verdad que aun en las culturas más primitivas existen prácticas, usos y creencias que han enriquecido la experiencia humana y enseñanzas que las otras pueden aprovechar, tam-

bién lo es que en muchas culturas sobreviven prejuicios y conductas bárbaras, discriminatorias y hasta criminales que ninguna democracia puede admitir en su seno sin negarse a sí misma y retroceder en el largo camino de la civilización que lleva andado.

Francia, donde el tema del velo islámico es objeto de viejos e intensos debates, lo ha entendido así y ha dado un buen ejemplo al resto de los países democráticos prohibiendo por ley, desde el 2004, "el uso de elementos ostentatorios de carácter religioso en las escuelas e institutos públicos del país". Al principio, esta medida fue considerada por algunos supuestos 'progresistas' como reaccionaria y sustentada en un prejuicio contra los inmigrantes de origen musulmán. No lo era. Por el contrario, su razón profunda es dar la oportunidad a todos, extranjeros y nacionales, de cualquier raza, cultura o religión, de trabajar y vivir en Francia en un ambiente de legalidad y libertad que les permita seguir practicando todas sus creencias y costumbres que sean compatibles con las leyes vigentes. Y, desde luego, renunciando a las que no lo sean, como hicieron las iglesias cristianas en el pasado, cuando tuvieron que acomodarse a las sociedades abiertas. Si se considera que la democracia ha significado un extraordinario avance sobre los regímenes despóticos y

absolutistas de antaño, es difícil entender que ella pueda ser solo válida para los demócratas y que los países democráticos, en nombre de la falacia de la equivalencia absoluta de las culturas, admitan en su seno enclaves antidemocráticos o prácticas reñidas con los principios básicos de la igualdad y la libertad.

Quienes defienden el multiculturalismo y el comunitarismo tienen una idea estática y esencialista de las culturas que la historia desmiente. Ellas también evolucionan, de acuerdo al avance de la ciencia y los intercambios que son cada vez más frecuentes en el mundo moderno de ideas y conocimientos que, poco a poco, van transformando convicciones, prácticas, creencias, supersticiones, valores y prejuicios. Un musulmán moderno, digamos, el Líbano o el Cairo tiene muy poco que ver con los musulmanes fundamentalistas de Darfur que arrasan aldeas y queman a familias enteras por ser paganas y ponerlos dentro de la misma etiqueta cultural es tan absurdo como considerar idénticos, por ser cristianos, a los católicos generalmente tolerantes y democráticos de las sociedades abiertas de nuestros días con los inquisidores o los cruzados medievales que torturaban y asesinaban en nombre de la cruz. Si los países democráticos quieren ayudar de algún modo a que la religión musulmana experimente el mismo proceso de secularización que ha permitido a la Iglesia Católica adaptarse a la cultura democrática, lo peor que podrían hacer es renunciar a logros tan importantes como el laicismo y la igualdad para no parecer etnocentristas y prejuiciosos. No hay etnocentrismo alguno, sino universalismo y pluralismo estrictos, en no hacer concesiones en la defensa de los derechos humanos y de la libertad.

El sistema francés me parece más claro y más eficaz que el adoptado por el Reino Unido, donde el Estado ha transferido a los colegios e institutos de enseñanza la decisión de autorizar o prohibir el uso del velo islámico en las aulas. Pero esta potestad solo vale en lo que concierne a los estudiantes. En cambio, las maestras están prohibidas de dar clases veladas, según una decisión del Poder Judicial del año pasado, luego de que una profesora se presentara en el aula británica embutida en un 'niqab', especie de carpa vestuario que cubre el cuerpo femenino de pies a cabeza. ¿No es absurdo que se prohíba a las maestras lo que se permite a las alumnas o viceversa?

En las fotos de la prensa de esta mañana, Shaima, la niña marroquí de 8 años, sonríe feliz con sus grandes ojos porque podrá ir al colegio portando el velo que, según le enseñó su abuelita, deben llevar siempre las buenas creyentes. ¿Seguirá siendo tan feliz ahora convertida en la excepción a la regla en su colegio? Yo creo que las buenas almas de la Generalitat catalana la han condenado a la infelicidad. ■■